





Nano Acevedo

Violeta Parra

Violeta y yo, me recuesto bajo un árbol y siento el estruendo.

Violeta Parra muere a propia mano el 5 de febrero de 1967 en su carpa de La Reina, su respingada sensibilidad no soporta tanta ingratitud, su tremenda calidad artística —como siempre— fue atropellada por moros y cristianos. Le negaron la sal y el agua, a una investigadora de nota, a una recopiladora de excepción, a una cantora auténtica, tal como hoy este paisito de opereta le da vuelta la espalda a tanto cultor genuino y le regala los medios de comunicación a la chabacanería, la frivolidad y la cultura *Miami*.

Si hubiera sido argentina, sería un ídolo como Carlitos, con romerías gigantescas, con festivales serios en su nombre, con becas en su memoria, con museos y todo eso. Pero es chilena y eso significa manoseo, utilización política, olvido. La arpillerista que cantaba *La chillaneja* merece mucho más que esos endeble encuentros, que estas carillas súbitas.

En los años difíciles, hablo del 74 al 77, la Peña Doña Javiera, pionera de los tablados populares anti dictadura, realizaba romerías, misas y encuentros en memoria de

Violeta Parra. Los cantores populares que hacían patria en mitad del miedo salían a la calle y marchaban cantando *Run Run se fue pa'l norte* por la Avenida La Paz. A veces no alcanzábamos a llegar esquivando palos y lacrimógenas con que la fuerza policial adhería al acto. Pero siempre Violeta, Víctor, Manns, Alarcón, Pavez, estaban en nuestras vidas marcados a fuego allí con la cabeza enhiesta retando al dictador en cada verso. Por supuesto que ahora no somos necesarios, la *pega sucia* ya fue hecha, tanto así que cuando Manns viaja a Chile deja esperando a un centenar de artistas democráticos en la Peña Chile Ríc y Canta. Y mejor ni hablar de las posibilidades de trabajo que tenemos los que orquestamos la resistencia cultural durante 17 años. Ayer como hoy, las ingrati-tudes golpean la sensibilidad del creador chileno. Cuánto de amargura y decepción hubo en los dedos que aprisionaron gatillos en las muertes de Violeta Parra, Pablo de Rokha y Luis Emilio Recabarren.

Chile está en deuda no sólo con Violeta.

17

Quando veo en Santa Cruz cien pafucelos en el aire, saludando esta patria que penetra en punta de pies la historia, me acuerdo de la Violeta. Cuando veo cantar en la gran olla popular un pez rojo, húmedo de oréganos, cuando la cebolla trae a la mirada de la abuela una lágrima de frío, pienso en Violeta. Adivino tras la humilde coreografía del artista agrario la mano de la maestra, aquella tan distinta, tan ajena a la aristocracia del arte, que se hace millonaria profitando a diestra y siniestra. Zapicán, ese curioso percusionista uruguayo que fue compañero de la *Viola chilensis*, recuerda que un 5 de febrero a la una de la tarde escuchó el latigazo mortal. Alberto, el *Alberto* que sigue viviendo en la canción que le dedicara esa Parra volcánica, relata, eramos cuatro personas, sólo cuatro en la carpa de La Reina, habíamos almorzado recién, el matrimonio que amasaba y limpiaba la peña,

Violeta Parra [artículo] Nano Acevedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Acevedo, Nano

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Violeta Parra [artículo] Nano Acevedo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile